

“Los brujos tienen aprendices, los Maestros tienen discípulos y un ordinarius o profesor tendrá ayudantes”

*George Steiner*

*Lecciones de los Maestros*

Magisterio y aprendizaje comparten límites borrosos. La transmisión interminable de conocimientos, costumbres y destrezas a través de generaciones ha forjado la cultura de la humanidad. En algún momento de la historia, el ser humano sintió ansiedad por aquel conocimiento aparentemente no útil de inmediato, como la disposición de las estrellas, la variedad de la naturaleza, la brevedad de nuestra existencia, así como el preservar los valores de la tribu. En aquel momento, nacieron los narradores, y –con ellos– la tradición oral y muy pronto, los maestros con sus aprendices. Luego, los antiguos humanos aprendieron a perpetuar sus experiencias a través de la pintura; y, más tarde, una forma de escritura en tablas. De aquel alfabeto arcaico, nos queda hoy la Epopeya de Gilgamesh, conjunto de historias con implicancias morales.

Posteriormente, con el surgimiento de la escritura, fue posible almacenar el conocimiento. De este modo, se escribirían leyes, códigos morales y conceptos de una ciencia rudimentaria, que se llamó entonces “Historia Natural”. Con el paso del tiempo, se haría necesario –además– instruir a las

personas para que se encargaran de ciertas labores, como gobernar el pueblo, construir templos o predecir el comportamiento de los astros (esto último fue utilizado para las actividades agrícolas), salir de exploración o concebir hijos. En sus inicios, la enseñanza sería individual, pero más adelante se vio la necesidad del aprendizaje en grupos, que luego vendrían a convertirse en las escuelas. Con la necesidad de las élites de educar a sus hijos, nacieron los pedagogos.

A ello se debe agregar que los adultos ya instruidos tuvieron la necesidad de conversar sobre temas trascendentes, como la historia natural, la metafísica, la geometría, la ética, la filosofía, etc. Aquellos aprendices se juntaron alrededor de maestros. Acaso, como muchas cosas, este sistema de escuelas brotó simultáneamente en diversos puntos de Sicilia y el Asia Menor; allí estuvieron Empédocles, Pitágoras, Anaximandro, entre otros. Después, llegarían la Academia, el Liceo, la escuela del Pórtico (Stoa), el Jardín Epicúreo; y, con todos ellos, el germen de la filosofía natural, la política, el ethos y la metafísica como la conocemos en Occidente.

La filosofía occidental le debe a Platón las enseñanzas de Sócrates, pero cabría preguntarnos si lo que sabemos del filósofo que exasperó a los jerarcas atenienses hasta enjuiciarlo y provocar su muerte no es acaso una idealización del personaje –junto a todo su cuerpo conceptual filosófico–, plasmada a través de la escritura de Platón. De igual modo, tendríamos que preguntarnos si el discípulo no ha construido un personaje para emitir sus propias ideas. Sin embargo, podemos seguir las huellas de Sócrates en las obras de Aristófanes (Las nubes) o la de Diógenes Laercio (Vida de los filósofos más ilustres):

Sócrates fue hijo de Sofronisco, cantero de profesión, y de Fenareta, obstetrix, como lo dice Platón en el diálogo titulado Teeteto. Nació en Alopeca, pueblo de Atica. Hubo quien creyera que Sócrates ayudaba a Eurípides en la composición de sus tragedias, por lo cual

Mnesíloco dice:

Los Frigios drama es nuevo de Eurípides, y consta que a Sócrates se debe.

Y después:

De Sócrates los clavos corroboran de Eurípides los dramas.

También Calias, en la comedia Los cautivos, escribe:

Tú te engrías y estás desvanecido: pero puedo decirte que a Sócrates se debe todo eso.

Y Aristófanes, en la comedia Las nubes, dice:

Y Eurípides famoso, que tragedias compone, lo hace con el auxilio de ese que habla de todo: así le salen útiles y sabias.

Diógenes Laercio (Vida de los filósofos más ilustres. Libro segundo, Primera parte)

Las escuelas filosóficas de Atenas perduraron por siglos; incluso, influyeron en las corrientes de pensamiento de la Roma Imperial, por ejemplo en las obras de Cicerón, Plinio el Viejo, Lucrecio, Séneca y Marco Aurelio. Los romanos se dedicaron más a crear sistemas de ingeniería y un cuerpo de leyes para perpetuar el Imperio. Un poco olvidada entre la obra de los notables filósofos latinos, está la obra de Varro, quien estudió en Roma y Atenas y publicó Nueve Libros de las Disciplinas. En este, destaca la enseñanza de las artes liberales que, con el tiempo, serían el Trivium (gramática, retórica y lógica) y el Cuadrivium (aritmética, geometría, astronomía y teoría musical). Aquellas artes fueron adoptadas por los enciclopedistas como estudios básicos. Las dos disciplinas restantes, Medicina y Arquitectura, se convirtieron en estudios para los graduados en las artes liberales.

El advenimiento del Cristianismo retrajo la actividad de las escuelas hasta desaparecerlas. La literatura disponible, al ser plena de autores “paganos” y –en consecuencia– peligrosos e inmorales para los intereses de la Iglesia, fue dejada de lado paulatinamente. En relación con ello, se tendría que resaltar el conocido asesinato de Hipatia, matemática de la

escuela de Alejandría. Hipatia fue seguidora del neoplatonismo instalado por Plotino. Sin embargo, la vida dedicada al aprendizaje de la ciencia era considerada como una conducta pagana. Por ello, fue asesinada por una secta cristiana: su erudición era considerada peligrosa. Años después, para complicar las cosas, en el siglo VI, Justiniano –emperador del Imperio Romano de Oriente– clausuró la Academia platónica de Atenas, lo cual condujo a que un grupo de sabios emigrara a Persia.

En ese contexto, el saber leer y –sobre todo– tener ideas propias era llevar una vida de riesgos. Las personas letradas se confinaron en grupos minúsculos. Era un mundo acosado por la barbarie y el oscurantismo religioso. Sin embargo, la necesidad de la formación de una iglesia fuerte requirió de personas letradas. Para el siglo IV d.C., se fundaron los primeros monasterios, en los que monjes y monjas se preparaban para una vida de retiro físico y espiritual dedicada a Dios. En dichos espacios, se desarrollaron bibliotecas y scriptoria (sitio de trabajo de los copistas que producían los libros para el clero), necesarios para la educación monástica.

A ello se debe sumar que, pronto, empezó a haber una presión por parte de la nobleza para que los jóvenes de aquellas castas tuvieran una educación que les permitiera gobernar. Para tal fin, se crearon escuelas externas a los monasterios; incluso, algunas funcionaron de manera adyacente a las catedrales. Apareció,

entonces, el conflicto entre razón y religión. La escuela de pensamiento grecolatina colisionaba en algunos puntos con la concepción ordenada por un dios supremo. Por este motivo, muchos libros de los pensadores griegos, como Platón y sobre todo Aristóteles, fueron separados de la educación convencional. Sin embargo, cabe preguntarse aquí que pasó con toda aquella tradición del mundo clásico antiguo, pues la literatura que no colisionaba con la religión se mantuvo, y la que no en algunos casos permaneció escondida en monasterios y leída so pena de castigo. A pesar de esto, en su mayor parte, todo el conocimiento se mudó a Oriente: primero, en el Imperio Bizantino; y, cuando la ortodoxia cristiana aplicó restricciones al conocimiento, éste fue traducido al árabe.

En relación con este punto, se debe considerar que, en el mundo antiguo, no había compartimientos estancos. Existía un intercambio entre Oriente y Occidente, no solo comercial sino a través de embajadores que, por lo general, eran eruditos. Mucho tiempo atrás, Alejandro había helenizado Persia y Egipto, y el pensamiento griego no solo se impregnó en estos pueblos sino que se adaptó a las nuevas culturas. Ahora, el péndulo se movía hacia el recién surgido Islamismo. Para entonces, ya fallecido Mahoma, los califatos se encargaron de administrar los territorios de la expansión musulmana. Bajo condiciones de riqueza y tranquilidad, se desarrolló el conocimiento de los clásicos con las traducciones de Platón, Aristóteles, Euclides y otros sabios. Dos puntos

importantes de difusión del conocimiento fueron Bagdad y Córdoba. De todas las disciplinas, una de las más fuertes fue la Medicina, valorada por la utilidad inmediata de sus conceptos.

Hay dos grandes ejemplos de esta transferencia del conocimiento. Avicena (Ibn Sinna) en Persia, hacia el 890 d.C. mejoró las enseñanzas y práctica de la medicina de Hipócrates y Galeno; tradujo a Aristóteles al árabe y luego al latín. De este modo, los escolásticos de Occidente redescubrieron a Aristóteles, y confrontaron las ideas del filósofo griego con las sagradas escrituras, la Ciudad de Dios de San Agustín y la traducción del Organon aristotélico a cargo de Boecio. La sed por los autores clásicos había renacido, aunque tímidamente; a pesar de ello, se haría inexorable con el tiempo. Un siglo después, Averroes (Abu-l Walid Muhammad ibn Rusd), desde el Califato de Córdoba, provocaría efectos explosivos en Occidente al comentar e introducir párrafos completos de las obras de Aristóteles en sus libros, obras que tradujo del griego al árabe y, desde allí, al latín. Averroes, conocido como “El Comentador”, inició una línea de pensamiento que separaba de algún modo la filosofía de la religión. En ese marco, llegó a establecer que uno de los deberes de la filosofía era conocer la naturaleza, y que esta tenía una sustancia particular que merecía su estudio. Es debido a tales traducciones que la Ética, la Metafísica, la Física, la Poética, Sobre el alma y el resto del corpus aristotelicum

se conocieron en Occidente; de estas obras se nutrirían años después Alberto Magno y Tomás de Aquino.

Finalmente, las continuas filtraciones entre estudiosos de Oriente y Occidente terminarían por estimular un resurgimiento por los libros clásicos. Aparecerían los intentos para conciliar razón y religión. Uno de ellos estuvo a manos de Anselmo, arzobispo de Canterbury, cuyo lema es *fides quaerens intellectum* (“la fe persigue el entendimiento”). En uno de sus libros, denominado *Proslogion*, en 1087, introduce el argumento llamado por los medievales como *Anselmi ratio*. El mismo será conocido siglos después como “la prueba ontológica”, argumento que demuestra la existencia de Dios “como un ser que reúne todas las perfecciones, un ser mayor del cual no puede pensarse otro”. Dicha demostración camina de un filo, pues también podría probarse la inexistencia de Dios. No obstante, el punto a resaltar es que las escuelas de entonces, ligadas a monasterios y abadías, comenzaron a introducir la razón en los actos de fe.

Sin embargo, la historia entre razón y escolástica medieval da un salto cualitativo con Pedro Abelardo, un noble que decide estudiar filosofía. Abelardo, desde la escuela de Notre Dame en París, avanzó un poco más e intentó conciliar la razón (usando los métodos de la filosofía griega) con las revelaciones bíblicas acerca de Dios (actos de fe). Desde el París del siglo XI – una ciudad que simulaba a la Atenas

clásica, debido a la actividad febril de sus escuelas y de sus estudiantes que conversaban en las calles acerca de temas como la lógica, la conciencia y el pecado como expresión de los vicios del alma (animus)–, Abelardo se convirtió en un profesor brillante. Gracias a sus conocimientos, libros y clases, ganó muchos discípulos, pero, también, enfrentamientos con otros maestros de la Iglesia, quienes lo acusaban frecuentemente de herejía. A partir de ello, empezó a ser considerado como iniciador de la escolástica (enseñanza en las escuelas), en contraposición a la monástica (educación dentro de monasterios).

Con Pedro Abelardo, se escribe una historia singular, romántica y trágica acerca del magisterio. Se convirtió en un maestro muy popular, situación que fue interrumpida por motivos de salud para descansar por unos años en Bretaña, localidad de nacimiento. Ya recuperado, retornó a París, e ingresó a las clases del entonces famoso maestro William de Champeaux. No obstante, los puntos de vista de ambos no fueron concordantes. Pedro Abelardo venció a Champeaux en un debate dialéctico acerca del problema de los universales en teología. Gracias a ello, Abelardo aumentó su fama como profesor de filosofía y teología. Numerosos estudiantes de toda Europa acudieron a la escuela catedralicia de París a escucharlo. Sin embargo, en paralelo, siguió teniendo problemas con el clero, debido a sus ideas particulares, como ocurrió con uno de sus maestros, Anselmo de Laon (no

confundirlo con el de Canterbury), porque sus métodos no eran compatibles. Incluso, llegó a ser obligado –por la jerarquía– a quemar algunas de sus obras. Pese a estos sucesos, sus apuntes para clases luego se convertirían en libros; escribió sobre lógica, retórica, ética, filosofía del lenguaje, dialéctica y metafísica. Una de sus obras más importantes es *Sic et non*, una serie de 158 preguntas, cuyas respuestas implicaban una posición a favor y otra en contra. En esta obra, Abelardo no intentó dar conclusiones, sino dejar libertad para la hermenéutica: buscar los rasgos distintivos, la ambigüedad y analizar el contexto.

Mientras crecía su prestigio y aceptaba nuevos estudiantes, el canónigo de Fulbert le pidió a Abelardo la instrucción de su sobrina Eloísa, una joven de aproximadamente 17 años, bella, letrada e inteligente, que dominaba el griego, el hebreo y el latín. Eloísa no solo era una alumna brillante, sino que encendió la atracción, primero, intelectual; y, luego, carnal de Abelardo, 22 años mayor que ella. Nunca se sabrá quién sedujo a quién. El rumor del romance entre Eloísa y Abelardo corrió en París, hasta llegar a oídos del canónigo de Fulbert. En el ínterin, Eloísa salió encinta. Con el permiso del tío, se casó con Abelardo en secreto. Sin embargo, empezaron a vivir separados, pues Eloísa temía que la noticia afectara la carrera magisterial de Abelardo. Ante los maltratos del tío de Eloísa, Abelardo decidió llevársela a la casa de su hermana en Bretaña. La huida fue descubierta, y el canónigo de Fulbert tramó una

venganza: un asalto nocturno, que involucraba el soborno de un criado del filósofo para permitir el ingreso furtivo a la casa del maestro enamorado. Aquella noche, Abelardo fue golpeado y castrado. Aquel trágico desenlace culminó con la separación forzada de la pareja, y cada uno de los amantes terminó en un monasterio. Una carta dirigida por Abelardo a un amigo, a quien le cuenta su trágica vida, llegó de forma casual a Eloísa. De este modo, la joven descubrió, mediante la palabra escrita de Abelardo, la evidencia de un amor que nunca se apagó. Inició, entonces, una relación epistolar plena de belleza y revelaciones acerca del amor entre ambos. Si el Medioevo es la partida de nacimiento del amor romántico, la historia de Eloísa y Abelardo es uno de sus momentos cumbres. Quedan las cartas como fiel testimonio. Siglos después, en el relato *Los teólogos*, Jorge Luis Borges ilustraría el hecho que en algunos maestros monásticos también existió un lugar para la infamia.

Años después una joya de la literatura medieval también entraría en los temas del magisterio y el amor. Dante Alighieri en la *Divina Comedia* se convertiría en el discípulo del poeta pagano Virgilio en su aventura tenebrosa al interior de las profundidades del Infierno. Según George Steiner, en la *Comedia*, “la voluntaria asociación de Maestro y discípulo deviene en el eje de viaje”. “Tu se’ lo mio maestro e ‘l mio autore; tu se’ solo colui da cu’ io tolsi lo bello stilo che m’ha fatto onore”, le dice Dante al poeta romano. Mientras progresa el ascenso,

el maestro es dejado en el Purgatorio; y, desde allí, solo el amor verdadero, el de Beatriz, funcionará como un estímulo de aprendizaje que lo llevará a descubrir la gran verdad de Dios.

Durante la alta Edad Media, intelectuales como Pedro Abelardo fueron ganando popularidad entre la creciente masa de estudiantes europeos. Esta fama, además, fue esparcida por monjes peregrinos, que trasladaron los conceptos de la época entre los diversos monasterios de la Europa continental y las Islas Británicas. En ese período, una escuela era un maestro y algunos discípulos, pero el entusiasmo por aprender hizo que crecieran las escuelas, el cuidado de las rentas, los derechos y la necesidad de protección legal para la enseñanza. Entre los años 1110 y el 1200, el crecimiento de las escuelas se dio tanto en número como tamaño. Sin una fecha clara de fundación, estas escuelas itinerantes aprovecharon la estructura de las sociedades gremiales, usadas en el comercio para asociarse y crear las universidades. Finalmente, adquirieron tal estatus en 1150 en Bologna, cerca del 1200 en París, y para 1220 en Oxford. Con ellas, inició la explosión de las universidades, que se extienden por toda Europa.

La Universidad, que viene de *Universitas* (una asociación de personas que persiguen fines comunes), nace con dos principios fundamentales: el gobierno autónomo y el monopolio de la educación superior.

Rápidamente, las universidades ganaron diferentes grados de libertad, con el fin de sentar sus propios intereses y estándares. Estas nuevas instituciones educativas tuvieron la habilidad de conseguir el auspicio económico y político de reyes, emperadores y papas, consiguieron además la inmunidad jurisdiccional y la exoneración de impuestos. Al crecer las universidades, necesitaron mejorar su organización interna y sus requisitos de ingreso. Los jóvenes ingresaban alrededor de los catorce años, con el requerimiento obligatorio de la fluidez en latín. Los estudios iniciales fueron las artes liberales. Cada estudiante era asignado a un maestro, al que seguía en sus clases por hasta cuatro años; una vez concluidos, daba un examen para alcanzar el grado de Bachiller en Artes. Si lo conseguía, podía aparecer como ayudante del maestro y dar algunas clases mientras continuaba sus estudios. Alrededor de los 21 años, podía postular al examen para lograr el grado de Maestro en Artes, que le daba licencia para ser profesor en cualquier disciplina.

La uniformidad de los textos usados –sobre todo, luego del influjo del corpus aristotelicum traído por los árabes, así como otros libros, tales como la geometría de Euclides y el Almagest de Ptolomeo– crearía un currículum unificado entre las universidades medievales. Asimismo, permitía el *ius ubique docendi*, es decir, la capacidad de cualquier maestro de enseñar en cualquier universidad. Por vez primera, en Occidente, se inició un movimiento masivo de educación que es a la vez liberador.

Con la enseñanza de la filosofía aristotélica, se introdujo el ejercicio de la razón y –dentro de ciertos márgenes de libertad– los académicos medievales pudieron ejercer lejos de las restricciones eclesiásticas. La proliferación de maestros y discípulos crearía una nueva casta ilustrada y promovería el desarrollo del pensamiento, la razón, la lógica y los albores de una ciencia que tendría su esplendor en los siglos siguientes.

Si bien se encontraban bajo el manto protector de Dios, estudiantes y maestros se dedicaron a la astronomía, la alquimia y la filosofía, no sin algunas desviaciones notables, como aquellos que, en su afán de poder, figuración o de conocer los misterios aun insondables, se alejaron del camino correcto. En 1587, aparece en Frankfurt el libro *La Historia de D. Johann Faustus*. De autor anónimo, se relatan las peripecias de un médico que, deseoso de conocer más allá de la física, la metafísica y el macrocosmos, entrega su alma al diablo, quien se convierte en su maestro y posterior dueño de su alma. Tal vez, la obra se inspiró en un mal estudiante de magia y teología, que con sus malas artes se hizo famoso y sirvió como modelo para aleccionar sobre la pedantería intelectual y los castigos por ingresar al reino de lo oculto. De este modo, se imponían límites al conocimiento, como se hizo con Adán y Eva en el Paraíso. La historia del Doctor Fausto sería el principio de una serie de obras que a lo largo de los siglos serían el reflejo de la moral de la época en que fueron escritas.

El Renacimiento inspiraría sus propios demonios en *La Trágica Historia del doctor Fausto*, de Christopher Marlowe, un drama metafísico sobre la necesidad que siente Fausto de vender su alma al diablo a cambio de reconocimiento académico; además, es una farsa paralela de los afanes del aprendiz Wagner en ascender a maestro. Sospechoso de usar la magia negra, Fausto es delatado por sus colegas ante el Rector. Sin embargo, Fausto continúa la docencia y es muy generoso con sus discípulos. Cercano a su final por desafiar a Dios, Fausto no permite que sus alumnos sean testigos de la brutalidad de su fin. El pecado y la ausencia de perdón, así como la vanidad en las puertas de la muerte, se hacen presentes en esta obra.

Posteriormente, corresponde a Johann Wolfgang Von Goethe la creación de una nueva versión del Fausto. Científico, poeta y filósofo recrea la leyenda medieval en clave romántica. En la primera parte de la obra, cansado de que la ciencia no le entregara respuestas a sus interrogantes, Fausto invocará las fuerzas del mal para conseguir varias cosas: la juventud perdida, mayor conocimiento del mundo y lograr el amor de la joven Gretchen. El desenlace incluye tratos con las brujas, magia negra y asesinatos. Sin embargo, en esta primera parte, Fausto sobrevive salvado por los ángeles invocados por el amor de Gretchen. En la segunda parte, Fausto recorre la historia de la humanidad, así como los límites de la filosofía y de la ciencia para luego reconocer

lo inconmensurable de la majestad de Dios. Esta segunda parte es una oda al magisterio, que muestra, por ejemplo, a Chirón como maestro de Orfeo, de Jasón y los Argonautas, de Hércules y de Esculapio. Se trata de una obra en la que la noche de las Walpurgis queda oscurecida por la atronadora belleza de la sabiduría del orden natural. La ciencia emerge como salvadora. Lo que acaso nos quiera decir el Fausto de Goethe es que, no importa cuánto avancemos en el conocimiento de los intrincados mecanismos de la naturaleza, siempre habrá un rezago de incertidumbre, algo inmarcesible e inconmensurable, que el ser humano no será capaz de alcanzar y que es el motor que impulsa nuestra búsqueda incesante por conocer y entender.

Entre ambas versiones del Fausto, habían ocurrido el Renacimiento y la Ilustración. Las universidades se había expandido y desarrollado en toda Europa y ya funcionaban algunas en las colonias americanas. La diversificación universitaria había generado escuelas y corrientes de pensamiento, que incluso llegaban a rivalizar. El conocimiento como tal se había desarrollado, de tal manera que se cumplía en alguna medida el aforismo de Hipócrates “ars longa, vita brevis”. Una sola disciplina no podía condensar todo el conocimiento, y una misma disciplina podía ramificarse en especialidades. Una universidad podía albergar, entonces, una variedad de facultades para el estudio e instrucción de diversas disciplinas. La universidad entonces



posee un territorio denominado campus, una ciudadela que condensa y reproduce en aquel espacio las relaciones sociales y académicas de los seres humanos, representados por maestros, alumnos y personal administrativo, un microcosmos que refleja de alguna manera el macrocosmos de la sociedad entera.

La literatura nos ofrece ejemplos del quehacer cotidiano en los campus y la vida fuera de la universidad. El contable hindú de David Leavitt es una historia de maestros y discípulos que narra la aventura de Srinivasa Aiyangar Ramanujan, un contador de la India sin educación superior, con una habilidad innata para las matemáticas. Un día, decide remitir una carta que contenían parte de sus ejercicios matemáticos a un profesor de Trinity College en Cambridge, Thomas Hardy. Corría el año 1914. La aceptación de Hardy, quien permitió que Ramanujan trabaje sus hipótesis sobre los números complejos, es uno de los capítulos más importantes de la matemática moderna, y la novela sirve como pretexto para mostrar la vida dentro de un campus universitario. Nos cuenta, además, la vida de los Apóstoles de Cambridge. Esta es una historia aparte, la de una sociedad secreta para discutir aspectos sobre la verdad, Dios y la ética. Entre sus miembros, destacaron John Maynard Keynes, Leonard Woolf, Lytton Strachey, su hermano James, G. E. Moore, Rupert Brooke y Bertrand Russell. En la novela hay una fugaz aparición de Wittgenstein que decide no ingresar al grupo.

Otro de los pasajes de la novela a comentar es el de la conversación de Thomas Hardy con Punnett, un genetista preocupado por la persistencia de genes recesivos en una población. De aquella conversación, se genera el llamado Equilibrio de Hardy-Weinberg, modelo teórico para genética de poblaciones, que establece que las frecuencias genotípicas se mantienen constantes de generación en generación. El contable hindú narra, también, cómo el estallido de la Primera Guerra Mundial afectó no solo a la sociedad británica, sino a sus universidades. Muchos estudiantes y profesores mueren en las trincheras francesas; el campus se convierte en hospital de campaña.

Debido a que la guerra continúa, Ramanujan permanece en Inglaterra imposibilitado de viajar; Mientras tanto, el joven sigue produciendo sus teorías con la ayuda del profesor Hardy en una relación maestro-discípulo que se beneficia por el intercambio intelectual en ambas direcciones. Aparecen las primeras publicaciones de ambos en conjunto, una colaboración entre un académico y un lego, que abre nuevas avenidas en el desarrollo de la matemática pura. Ello se desarrolla en el marco de una relación en la que los límites son borrosos, donde muchas veces el alumno alcanza a superar al profesor. La vida y creencias de ambos no serán iguales después del paso del contable hindú por el Trinity College.